

*Existen árboles de hoja perenne y casi nadie se acuerda de sus flores y sus frutos.*

*Existen árboles que, cuando florecen, brillan tanto sus colores que la gente se olvida de si tuvo o no hojas y de si todo acaba o no en frutos. Pero hay un manzano en mi huerta que, cuando todo se ha acabado, le queda en la rama alta una manzana, manzanita. Dura el invierno entero.*

*Escogimos este artículo de Ramón Núñez, Director de la Casa de las Ciencias de La Coruña, y se lo brindamos a los que todavía les anima el ayudar a que las personas crezcan y vivan de lleno sus tres estaciones*

## DE LAS HOJAS, FLORES Y FRUTOS

— Ramón Núñez —

### DE LAS HOJAS

*Hojas del árbol caídas, / juguetes de viento son; / las ilusiones perdidas, / ay, son hojas desprendidas / del árbol del corazón.* José de Espronceda. Poeta (1808-1842)

*Cada hoja que cae es un suspiro de la vida.* Proverbio inglés.

*Allí donde la hoja muerta cae, desecan.* John Keats. Poeta (1795-1821)

*Hemos caído como hojas y nuestras iniquidades como viento nos arrastran.* Isaías. Profeta. (Is, 64,6)

*La vida de los hombres es como la de las hojas. Cuando una generación brota, otra declina. (Como de las hojas, así la generación de los hombres)* Homero. Poeta (S. X-IX aC)

*Juzga a un árbol por su fruto, no por sus hojas.* Eurípides. Dramaturgo (480-406 aC)

*Las palabras son como las hojas. Si abundan, poco fruto hay entre ellas.* Alexander Pope. Poeta. (1688-1744)

### Juguetes del viento

He leído que un arce adulto tiene unas 180.000 hojas por término medio. La verdad es que nunca había hecho el cálculo, pero no podía imaginar que pudiesen ser tantas. Representan algo así como la población de Pamplona, la de Burgos o el doble de la de Santiago. No es mala imagen. Alguno podría pensar que el árbol es como una ciudad, donde cada hoja es un habitante; otro objetaría que éstas son demasiado iguales para que valga la analogía, aunque siempre podría añadirse que no hemos aprendido a mirar las hojas lo suficiente como para distin-



guir sus diferencias. No sé cómo les pareceremos nosotros a ellas. Habría que ponerse en su lugar. Ya ven ustedes que es inevitable acordarse de Wenceslao y su bosque animado.

En cualquier caso es innegable que todas las hojas tienen una vida bastante parecida. Al menos realizan idéntico trabajo. Más o menos juntas comenzaron a brotar allá por marzo, y desde entonces no hubo una sola jornada en que dejasen de realizar su tarea, tan importante como discreta. De sol a sol participaron en construir la despensa de la vida sobre la Tierra. Entre las ramas, las hojas luchaban por tomar los rayos de luz para atrapar su energía en forma química. Ellas eran el eficaz laboratorio donde con agua y dióxido de carbono se van construyendo

las moléculas de azúcar. En las hojas tiene lugar la fotosíntesis, aunque casi siempre que describimos esta función, no nos referimos a ellas sino a los árboles, o a las plantas en general: "los vegetales son los únicos organismos que producen alimento, todos los demás viven a costa de la vida".

Durante todos los meses del verdor las hojas cedieron su protagonismo al árbol, y en consecuencia nosotros decimos que es él quien nos da sombra, frescor y oxígeno. Pero cuando, en tiempo de otoño, se acerca para todas las hojas el momento de morir (muy pocas han caído durante el verano) llega también el momento de alcanzar su identidad y reconocimiento. Por algo son uno de los símbolos de esa época del año. Si hasta entonces eran todas muy parecidas, poco a poco podrán distinguirse, pues cada una va incorporando, entre el verde que desaparece, una diferente distribución para los amarillos, los ocres, los rojos y las tierras. No hay dos hojas iguales en otoño. Ni tampoco dos días iguales para cada una de ellas. Todas preparan sin cesar un traje de diseño exclusivo antes de abandonarse a su breve danza con el viento. Se visten para la ocasión. Ha llegado el gran momento de ser juguetes.



## DE LAS FLORES

*Un cinico es aquel que si huele a flores, mira a su alrededor buscando el ataúd.*

Henry L. Mencke.  
Escritor. (1880-1956)

*La botánica no es una ciencia; es el arte de insultar a las flores en latín y en griego.*

Alphonse Karr.  
Periodista. (1808-1890)

*Hay quien ama a los animales y las flores porque es incapaz de entenderse con las personas.* Sigrid Lunset.  
Escritora. (1882-1907)

*El primero que comparó la mujer con una flor fue un poeta; el segundo, un imbécil.* François Maire Arouet (Voltaire). Escritor. (1694-1778)

## Dahlia

Cuando uno puede ver cómo sobresalen de la tierra los brotes verdes de las dahlias, enterradas hace dos meses y que son flores a las que, por una serie de recuerdos personales, les tengo especial cariño. Circunstancias y citas al margen, (aunque no tengan un olor muy allá), se ven ensartadas en coronas mortuorias, donde lucen al lado de los claveles, de más larga tradición entre nosotros. Traídos de Túnez en 1270, los claveles se pusieron de moda en el siglo XVII, llegando entonces a conocerse 360 especies distintas; a comienzos del XIX decayó entre los jardineros el interés por su cultivo, ante la moda de las nuevas flores que llegaban de los viajes botánicos.

La dahlia es una planta americana. Se cuenta que en 1791 Vicente Cervantes, director del Jardín Botánico de México, hizo un regalo de varias semillas a su colega de Madrid José Antonio Cabanilles, quien al año siguiente tuvo la satisfacción de ver florecer aquella planta por primera vez en Europa. Se trataba de una flor sencilla, de una docena de pétalos, pero que llamó la atención de muchos expertos, siendo motivo de satisfacción para Cabanilles quien la dedicó al botánico danés Andreas Ed, discípulo de Lanao, proponiendo para ella el nombre de Dahlia. También se sabe que cuando Humboldt recorrió en 1803 las montañas de la costa mexicana del Pacífico vio, a 2.000 metros de altura, distintas plantas en flor que le resultaron desconocidas y de las que recogió las semillas; pero cuando a su vuelta a Europa las pudo plantar, comprobó que se trataba de la misma flor que ya hacía años se cultivaba en España y a la que Cabanilles había puesto el nombre de Dahlia.

Ignorando sabiamente a botánicos y jardineros, el campo de primavera está lleno de otras muchas flores que no necesitan de patrocinio especial para ser generosas con el paisaje. En esta época del año parece imposible imaginar un escenario sin ese colorido, pero sabemos que las flores sólo existen desde hace unos 130 millones de años, cuando andaban por el planeta los dinosaurios. El utilizar esa forma de reproducción debe ser un buen invento de la Naturaleza, si pensamos que desde que aparecieron las primeras, que eran parecidas a las magnolias de hoy, han surgido en la Tierra unas 235.000 especies distintas de flores. Aunque no sea noticia importante para los periódicos, se calcula que alrededor de la cuarta parte de esas especies están hoy en peligro de extinción. ¿Con qué se hace una corona para la muerte de las flores?

## DE LOS FRUTOS

*Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso de los espinos cosechan uvas o higos de los zarzales?*

Evangelio de Mateo (7, 16)

*Las palabras son como las hojas de las ramas. Cuando abundan, poca fruta hay en ellas.*

Alexander Pope. Poeta  
(1688-1744)

*Vive cada estación del año conforme transcurre, respira el aire, paladea la fruta y resignate a las condiciones de cada temporada.* Henry David Thoreau. Escritor.  
(1871-1862)

*La fruta que puede caer sin agitar el árbol está demasiado madura para mí.* Lady Mary Wortley Montagu.  
Escritora. (1689-1762)

*Entonces vio la mujer que el árbol era bueno para comer y que era agradable a la vista y deseable para adquirir inteligencia, y tomó de su fruto y comió.* Libro del Génesis (3,6)



## Fresas de febrero

Dicen los expertos que el occidente europeo no era en sus orígenes tierra muy rica en frutos y frutales. Aunque no exista unanimidad, se cree que el melocotón y el albaricoque vinieron de China; la avellana, del Mar Negro; el melón y la sandía, de África; la ciruela, de Siria; la nuez, de Persia; el limonero y el peral, de Cachemira; la cereza, de las costas del Asia Menor (Kerasos); la castaña, de Tesalia (Castanea); el membrillo, de Creta; el granado, de Chipre; la naranja, de Malasia; la higuera y el manzano, de Grecia y la mandarina, de la Cochinchina. También se sabe que en general la afición a la fruta era ya cosa de los romanos, aunque aquí no llegó hasta el Renacimiento. O sea, que cuando inventaron la Península, no tenían ni idea de lo que era el Paraíso. ¿Qué se les habría perdido aquí. Supongo que en nuestra patria habría zarzamoras, endrinos y fresas silvestres (por cierto, ¿qué fue de aquella película de Bergman?), y resulta interesante que los únicos frutos que podemos considerar oriundos y silvestres sean -de momento- los que conserven garantía de autenticidad.

Pienso esto y confieso mi rechazo a las facilidades para una «libertad frutal», entiéndase tomar cerezas en navidades y fresas en febrero. Por principio me resisto a probarlas, pero me han asegurado que aunque la forma y el color puedan ser parecidos, los olores y sabores no tienen mucho que ver con los correspondientes productos del país en su estación. Me gustaría subrayar el engaño que supone relegar la información de esos sentidos (olfato y gusto) frente al de la vista.

Es decir, ¿por qué aceptamos que un objeto que tiene la forma y color de fresa es una fresa si no sabe ni huele a tal? A la vista le concedemos más importancia que a los otros sentidos, lo que no está mal para vivir en un mundo tan basado en información audiovisual, pero hemos de reconocer que en lo de la fruta hay un engaño. Y un culpable.

Es la economía, que está atentando contra el placer. Las frutas extemporáneas actúan como consoladores, sustitutos del auténtico encuentro de los sentidos. La cerezas navideñas, llegadas de Nueva Zelanda, evitarán la tradicional tentación de final de curso, cuando las nuestras llenaban de rojo los escaparates. Los fresones de invernadero -auténticas fresas salvajes- servirán de vacuna invernal para no conocer en junio el milagro perfumado de las fresas silvestres.